

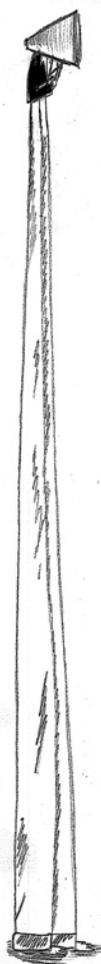
# Un buen espectáculo

Berenice Romano\*

Recepción: 2 de julio de 2008  
Aceptación: 28 de agosto de 2008

\*Doctora en Literatura por el Colegio de México, becaria del FOCAEM. Ganadora, en las categorías de ensayo y en cuento, del Centro Toluqueño de Escritores. Realizó una Residencia Artística en el Banff Centre, Canadá, becada por el FONCA. Profesora investigadora de tiempo completo en la UAEM.

Correo electrónico: bereniceromano@yahoo.com.mx



■ **U**no de los mayores placeres de la vida es el cine. Y no me refiero sólo a las buenas películas o a ver el entretenimiento como un séptimo arte. Es algo más y algo menos: del cine todo me hipnotiza.

■ El rito que en cada función los espectadores realizamos es, si lo analizamos de cerca, una de las rutinas más interesantes de nuestras vidas. Y cuando la llamo rutina me refiero a que es una costumbre tan constante que algunos la tenemos hasta dos veces por semana.

■ Por supuesto, ir al cine no es, como el resto de las rutinas, una actividad que le pese a quien la realiza, sobre todo porque es una tradición que continuamos por placer.

■ De entrada, la ceremonia siempre inicia con un sartal de selecciones a las que la audiencia se enfrenta. La primera disyuntiva se le ofrece cuando, en lugar de simplemente exhibir la mejor película del momento, se anuncian porquerías holywoodenses con sus respectivos carteles. Aquí hay que decidir cuál de las dos o de las tres o de las diez será la más soportable.

■ Una vez que hemos logrado entrar al cine viene la segunda elección: los dulces que trocaremos en la sala de proyecciones.

■ Como esto último en realidad no le representa ningún conflicto a nadie, mejor hablar de lo que sí es el verdadero motivo, para algunos, de odiar con toda su alma el cine: debemos seleccionar un asiento. Y esto no debería significar una tragedia, pero como generalmente las salas le quedan chicas al enorme público, lo más probable es que siempre nos sentemos en el sitio menos adecuado para nuestra corta, cansada o excelente vista.

■ Ir al cine con la conciencia de que se forma parte de un ritual, es todavía más atractivo. Yo no puedo dejar de maravillarme cada que veo cómo la gente se comporta civilizadamente mientras compra sus gomas, pide permiso para salir o hasta se corre un lugar. En el cine desconozco a muchas personas en el momento en que, plácidamente, se sientan a disfrutar con tranquilidad de una cinta.

■ No sé explicarlo, pero siempre me ha sorprendido, por un lado, que todos hagamos exactamente lo mismo sin necesidad de instrucciones; y por otro, la pasividad con la que aceptamos estar muy próximos a la gente, sin hablar, y en la más oscura soledad.





Anoche, por supuesto, fue igual. Como toda rutina, se repitió idéntica a los días anteriores. Aunque, debo decirlo, para mí fue diferente.

Como en otras ocasiones, decidí rápidamente la película, porque todas eran tan malas que simplemente me metí a la primera de ellas. Ni siquiera recuerdo el título; era algo así como “Invencibles en combate” o “La imbecilidad del combate”, o no, más bien “La invencibilidad del combate”; bueno, en realidad no lo sé. No importa.

Por los dulces tampoco me preocupo mucho; como buena promotora de las costumbres, siempre prefiero las tradicionales y ruidosas palomitas con mantequilla.

Y como voy con tanta frecuencia al cine, ya no me rompo la cabeza en buscar “el mejor lugar”. Opto por un asiento cerca de la puerta de entrada, por si se presenta una emergencia.

Así lo hice anoche y todo parecía que iba a ser igual que cualquier otro día de cine, hasta que alguien pasó detrás de mí y se sentó exactamente a mis espaldas.

Por la tos de uno y el cuchicheo de otra, supe que no era un alguien sino unos “álguines”. Ya desde estos primeros ruidos, que quienes los generaban no quisieron reprimir, sospeché que no tendría una función serena.

Tampoco me preocupé mucho, porque como la sala estaba casi vacía, podía cambiarme de asiento en cuanto lo quisiera.

La cinta comenzó como ya lo había previsto, con una panorámica de la excitante, exuberante y exagerada ciudad de Nueva York. De ahí saltó a un hermoso barrio lleno de árboles color sepia, con niños felices que paseaban en sus bicicletas frente a casitas blancas con las puertas abiertas.

Al principio creí que ya había visto esa película, pero luego, no sé exactamente por qué, me di cuenta de que estaba equivocada.

La cinta comenzó a correr igual que siempre y yo me entregué a la tarea de masticar mis palomitas.

Como es bien sabido, comer palomitas permite, al que lo hace, escuchar el sonido de una película, pero cualquier otro ruido de menos decibeles se pierde en medio del crujir de dientes y de maíz que se lleva a cabo muy cerca de los oídos.

Por eso, yo no había notado que la pareja que estaba detrás de mí se encontraba en una discusión, como dicen en el cine, acalorada.

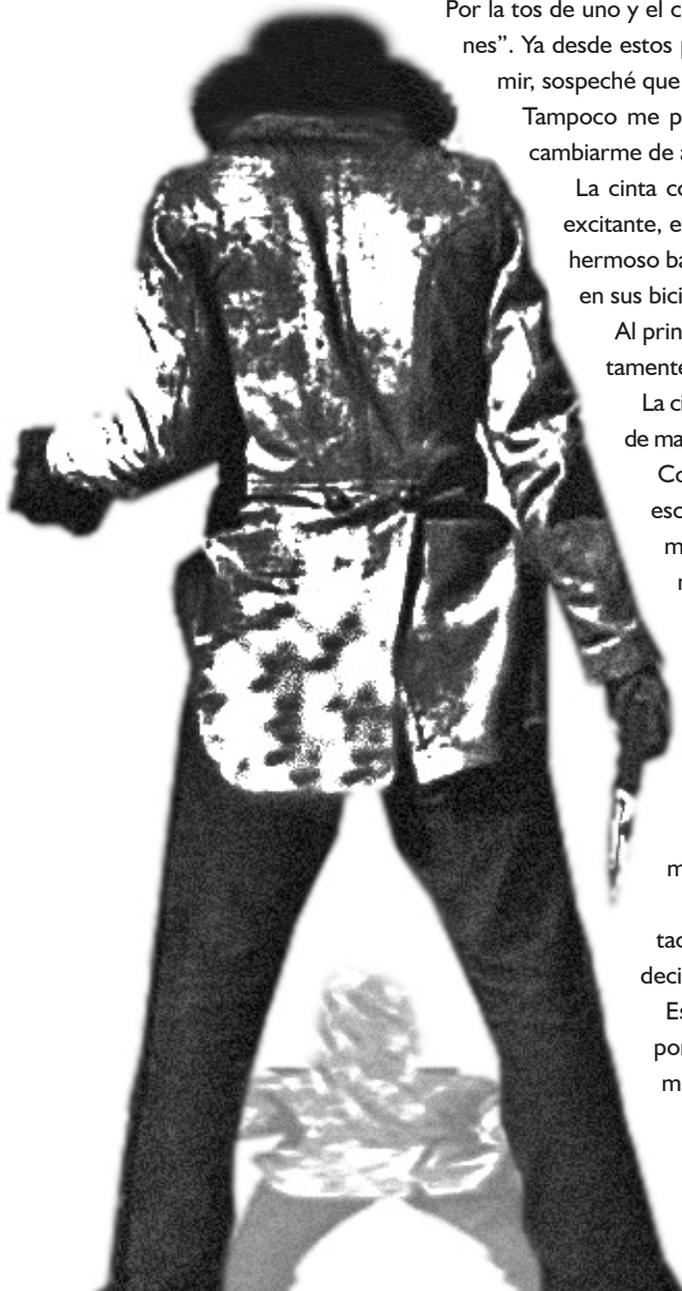
Fue mientras tragaba un bocado y agarraba otro puño, cuando me di cuenta de la pelea. Al principio creí que sería una simple discusión de novios, y como yo ya superé la etapa en que me gustaba ver a una pareja en cualquier tipo de acción, me dispuse a cambiar de lugar.

Pero me levanté sólo para sentarme inmediatamente en la butaca contigua a la que tenía antes, ya que cuando me puse de pie, decidida a marcharme, escuché algo que me jaló al otro asiento.

Estiré el cuello para hacer creer a la pareja que me había cambiado porque no veía bien y, con la mayor naturalidad, me puse las palomitas entre las piernas.

La mujer había dicho algo así como “una muerte más ya sería demasiado”; pero lo dijo justo en el instante en que me moví, así que no pude escuchar lo que el hombre contestó.

Por supuesto, a partir de ese momento no probé una palomita más, dejé de pestañear y me olvidé por completo de la



película. Por desgracia no pude comenzar a escuchar, porque como mi cambio de lugar los había alertado, bajaron demasiado la voz.

Pero, seguramente por el tema que trataban, pronto se encontraron tan exacerbados como antes. Así que pude comenzar mi intromisión justo cuando el hombre decía:

–Piénsalo... No te quiero presionar, eso bien lo sabes, yo nada más te digo que lo pienses, porque si no sale como habíamos dicho, no va a ser culpa mía –concluyó en un tono condescendiente.

–¿Vas a empezar a culparme? –preguntó la mujer con voz reprimida.

–No, no es eso. No se trata de echarnos encima nada.

–Eso digo yo –interrumpió la mujer.

–Sí, por eso. Mira, entiéndeme. Yo sólo quiero que te des cuenta. Ya no hay vuelta de hoja, así que hay que seguir y ya.

En esta parte el hombre bajó más la voz y, por el roce de ropas que escuché, me pareció que abrazaba a la mujer como otra forma de convencimiento.

Incluso oí besos tronados, así que me avergoncé un poco y preferí atender por lo menos un rato a la película.

La pantalla estaba repleta de una mujer con rasgos orientales que se desvestía cadenciosa y candentemente al ritmo de una música también oriental. De vez en cuando la cámara tomaba el rostro de un hombre que, por la flaccidez de sus músculos, se adivinaba era el que recibiría los dones de la mujer.

A pesar de haber visto escenas como ésta un millón de veces, o más, en ese momento me sentí algo incómoda. Supongo que en gran parte se debía a la pareja que, exactamente detrás de mí, se prodigaba su amor.

Aunque me pareció que aquello no terminaría nunca, repentinamente volví a escuchar la voz de la mujer.

–No sé, Pepe. De veras, no creas que es pura necedad mía. No es tan fácil como crees –dijo de un modo que parecía una súplica.

–Ya lo sé. Ya lo sé. Pero fíjate bien, ¿qué es lo único que nos falta, eh? A ver, dime, ¿qué es? –preguntó con la seguridad del que tiene todas las respuestas.

–No, pues eso sí. Ya lo sé, pero... –agregó con un tono tan tímido que el hombre se animó a continuar.

–Ya ves. Es lo que te digo. Tú sólo confía en mí y ya verás –siguió con el mismo tono de perdonavidas.

–Ay, sí, ¿no? Para que pase lo de la última vez. Ahí sí te equivocaste, Pepe, admítelo. Que se pelara el Rafa no lo habías pensado.

–Claro que sí, ¿crees que soy tonto o qué? Lo que pasa es que no te lo quise decir desde el principio porque pensé que te ibas a asustar.





Lo que dijo la mujer ya no lo oí porque lo último que le escuché me turbó los sentidos.

Era incapaz de creerlo, ¿podía ser real algo así?

Sé que esto pasa todo el tiempo, creo, pero que yo estuviera en presencia de semejante espectáculo me parecía inverosímil. Incluso llegué a pensar que tal vez se trataba de uno de esos programas con cámaras escondidas, así que volteeé con discreción hacia todos lados, menos para atrás. Pero la idea me pareció muy absurda. Las voces que oía no eran las de unos actores, de eso podía estar seguro alguien que, como yo, hubiera visto mucho cine.

De tanto pensar en lo extraño de la situación no me percaté de que la pareja se había callado mientras yo inspeccionaba mis alrededores. Supongo que para quien mantiene conversaciones tan téticas, mi actitud comenzó a parecerles sospechosa.

Pero, para fortuna mía, en ese instante yo estaba olvidada de su plática y ellos lo notaron. Así que me hicieron a un lado.

Me percaté de esto porque cuando volví a interesarme en la pareja todavía distinguí sus cuchicheos desconfiados, que dejaron rápidamente para volver a su vieja discusión.

–No hables tan alto –reinició el aguerrido Pepe.

–Tú eres el que luego grita –se defendió la mujer.

–Pues es que me sacas de mis casillas. Mira, lo mejor es que te decidas ya, porque va a estar canijio encontrar otro momento para hablar –amenazó Pepe y continuó–. Velo así: estamos a la mitad de tener lo que siempre hemos soñado, ¿o no? –a lo que asintió la mujer con los labios apretados para no interrumpirlo–. ¿Ves? Ni modo que ahorita, precisamente a un paso de conseguirlo, te vayas a rajar, no, ¿verdad? –concluyó con tono de reproche.

–No he dicho que siempre no, ¿o sí? No, ¿verdad? Entonces no... –se interrumpió porque vio pasar al vigilante que hacía su recorrido para bajarle los pies a quien los tuviera arriba de una butaca. Cuando salió de la sala, la mujer continuó.

–Yo no me rajo, Pepe, si no eres tú el único que quiere algo. Lo que pasa es que a ella la conozco desde que yo era una escuincla. No es tan fácil. Entiende que ella me cuidó siempre –imploró casi hasta el llanto.

–¿A eso le llamas cuidar? Te trató igual que a sus perros –casi gritó Pepe.

–Como sea, nunca me faltó qué comer o dónde dormir –insistió la mujer.

–¿Qué comer? ¿Dónde dormir? No, chulita, lo importante es qué comes y dónde duermes. No seas tan mensa. Semejantes cuidados no son para comprometer a nadie. Tú nada le debes, Teresa –agregó Pepe quien cada vez sonaba más desesperado:

Pero al terminar esta frase alguna escena en la pantalla lo animó y dijo:

–¡Mira! Es lo que te conté. Fíjate cómo va vestido y cómo lo hace. Fíjate bien –ordenó Pepe, tan vehemente que yo también me fijé bien.

La música anunció que era alguna secuencia de suspenso.

Las tomas a guantes negros, zapatos negros y sombras, aún más negras, me lo confirmaron. Era un hombre, y parecía buscar algo en la casa que rondaba.

Adiviné la intención de Pepe al mostrar precisamente esta parte de la película a Tere. Así que puse el doble de interés que si se tratara de la cinta ganadora en el Festival de Cannes.

Como era de suponerse, la sombra de la pantalla descubrió a su víctima y la destripó. Seguramente Pepe y Tere observaron la escena toma por toma, pero ellos tenían sus muy buenos motivos. Para mí fue tan horrible y sangrienta como muchas, pero única por la situación que a mis ojos la envolvía.

Cuando finalizó la secuencia pude escuchar los sollozos de Tere, y a Pepe que le rogaba que se callara. Era evidente que el hombre también se había alterado, pero de otra forma. Yo diría que para él era como un resorte que lo empujaba a hacer... algo. Pero esa misma ansiedad lo hizo desconfiar más profundamente de los que estaban cerca de él, es decir, de gente como yo.

Era fácil notarlo, porque podía escuchar cómo su voz, que trataba de serenar a Tere, se dirigía hacia el lado en donde yo estaba.

Después de lo que acababa de ver en pantalla, y gracias a mi enorme capacidad imaginativa, el descubrir que el hombre aquel se fijaba en mí me aterró.

Sin poder evitarlo comencé a llorar yo también, y hubiera podido fingir que era efecto de la película de no haber sido porque, en ese momento, la pantalla mostraba la panorámica de un parque de diversiones.

La verdad es que, si Pepe se hubiera esforzado, habría podido imaginar que mi llanto tenía el mismo origen que el de Tere, es decir, casi el mismo motivo. Pero no lo hizo así y prefirió convencerse de que yo tenía un buen rato de escuchar su plática.

Entre más trataba de contener mi llanto, mayores eran las sacudidas de mi cuerpo, así que lo dejé fluir libremente, lo que atrajo, además de la mirada de Pepe, la atención de Tere y de algunos otros espectadores.

Fue entonces cuando me di cuenta de que quizás tenía alguna salvación. Así que tomé aire y guié mi llanto hasta un crescendo que de pronto se hizo insoportable. Por lo que la gente empezó a callarme con los tradicionales chiflidos.

Lo que pasó con la pareja sólo puedo suponerlo, porque en medio de mi actuación no pude enterarme de mucho.

Fue cuando la gente comenzó a silbar, que un boleto de entrada se deslizó por el respaldo del asiento que estaba junto al mío. El hecho, aunque no me pasó desapercibido, no me movió de mi lugar sino hasta que terminó la función.

Aún después de haber apagado el proyector a la mitad de los créditos, yo seguía con la mirada fija en la pantalla. Me había propuesto no levantarme hasta que hubiera salido la última persona, pero esto me pareció demasiado arriesgado en el caso de que la pareja siguiera detrás de mí.

Así que, antes de terminar de pensarlo, ya dejaba la sala sin olvidar recoger el boleto caído y con un ojo puesto en donde debía estar sentada la pareja. Obviamente ya no los encontré ahí.

Caminé hacia mi casa lo más rápido que pude, y cuando creí estar segura desdoblé el boleto que, como lo sospeché, tenía algo escrito. Era breve, conciso y, sobre todo, directo:

“Si decidiste oír de lo que somos capaces, por tu bien olvídale.”

Ni yo lo hubiera dicho mejor. Sí, fue un mensaje bastante persuasivo. Así que, después de hacer una pelotita con el boleto que acababa de leer, eché la información recibida al saco del olvido, donde guardo las malas películas.

